

las armas sin tener la garantía de las bases de Francfort, era á sus ojos perder todas las ventajas adquiridas, cuando la fortuna, como él creía, se había pronunciado en su favor.

Mr. de Flahaut partió de Troyes el 24, el mismo día en que Napoleón entraba; pasó á la aldea de Lusigny, situada á tres leguas más allá, donde encontró á Mr. de Schouvaloff por la Rusia, á Mr. de Bauch por la Prusia, y á Mr. de Langenau por el Austria. En aquel momento el mariscal Oudinot, rechazando á la retaguardia enemiga hacia Vandœuvres, acribillaba á balazos el mismo lugar donde iban á reunirse los negociadores. A instancia de Mr. de Flahaut trasladó el combate á otra parte, y la aldea de Lusigny fué neutralizada.

Los enviados de las potencias aliadas parecían desear una pronta solución; Mr. de Flahaut anunció, pues, sin dilación las condiciones de que era portador, y propuso dos cosas: primero, la continuación de las hostilidades durante la conferencia, y segundo, la inserción de un preámbulo que consagrara las bases de Francfort. Estos dos puntos no eran propios para satisfacer á los comisarios enemigos, pues el primero quitaba al armisticio su principal interés y el segundo le daba un giro contrario á los designios de la coalición.

Visiblemente descontentos los tres comisarios, respondieron que no tenían ningún poder para tocar á las cuestiones diplomáticas. Suspendieron momentáneamente las hostilidades, y fijar el límite temporal en que se tendrían los ejércitos beligerantes, constituían, según dijeron, su única misión. Querían partir al instante, pero Mr. de Flahaut les contuvo aconsejándoles que pidieran nuevas instrucciones, y prometiéndoles que él también las pediría; así consintieron en quedarse en Lusigny, bajo la condición de que se escribiría inmediatamente á los dos cuarteles generales para reclamar esas nuevas instrucciones.

Napoleón, aunque bien resuelto á no desistir de las fronteras naturales, y aunque en vista de esto no quisiera interrumpir el curso de sus triunfos á menos de estar seguro de las bases de Francfort, no era indiferente, sin embargo, á la ventaja de concluir un armisticio que equivaldría á la firma de los preliminares de paz, y que apaciguara momentáneamente las vivas pasiones que se habían suscitado contra él. Renunció, pues, al preámbulo que era difícil de insertar en un simple armisticio, y consintió en la continuación de las conferencias, si por un rodeo podía llegar á sus fines. De este modo, si determinando los límites que debían separar á los ejércitos obtenía que los aliados le dejaran en Amberes por el lado de los Países Bajos, y Chambery por el lado de Saboya, sacaría de esta concesión una presunción muy fundada para el arreglo definitivo de las fronteras. En su consecuencia autorizó á Mr. de Flahaut para proseguir las negociaciones entabladas en Lusigny, sin que se acordara la mención de las bases de Francfort en el preámbulo, pero con la condición de que los ejércitos enemigos retrocederían en los Países Bajos hasta pasado Amberes, y que en Saboya se mantendrían fuera de Chambery, de donde estaban muy próximos. Si los comisarios enemigos aceptaban esta línea de demarcación, era un paso en favor de las fronteras naturales, que sin equivaler á la mención de las bases de Francfort, era por decirlo así como su aceptación de hecho.

Bajo este concepto debió Mr. de Flahaut seguir negociando en Lusigny. Habiendo caído enfermo el general Langenau, había sido reemplazado por el general Ducca, portador de las seguridades y los consejos más pacíficos del emperador Francisco. El nuevo parlamentario estaba encargado de insistir secretamente cerca de Mr. de Flahaut para que Napoleón no se obstinase en proseguir la guerra, pues la ocasión actual era la última en que podría tratar ventajosamente bajo la influencia de sus recientes triunfos. El consejo era excelente si por medio de algunos sacrificios se podía obtener algo mejor que las fronteras de 1790; si, por ejemplo, abandonando Amberes y Bruselas se podían conservar Maguncia y Colonia. Pero si esta insistencia significaba que para salvar la dinastía era preciso abandonar todas las adquisiciones de la Francia desde 1790, el consejo, bueno por parte de un suegro, no valía nada para Napoleón, y su resolución de perecer, aun sacrificando todavía algunos miles de hombres, convenía mejor á su gloria y á los verdaderos intereses de la Francia. En las conferencias oficiales, MM. de Schouvaloff, de Bauch y Ducca declararon, como era fácil prever, que se habían reunido para una simple convención militar; que toda estipulación relativa al fondo de las cosas debía serles completamente extraña, que habían recibido instrucciones terminantes para abstenerse de esto, y que por consiguiente el preámbulo pedido era inadmisible.

No habiendo provocado esta declaración por parte de Mr. de Flahaut la ruptura de las conferencias, se pasó á la discusión de la línea de demarcación. El comisario francés propuso la suya conforme á lo que acabamos de exponer; los comisarios aliados propusieron otra conforme á las resoluciones políticas de sus cortes. Querían avanzar al Norte hasta Lille, consentían en retroceder algunos pasos en la Champaña y la Borgoña, admitiendo la discusión sobre la posesión de Vitry, de Chaumont y Langres; pero formaban empeño en cuanto á Chambery, y reproducían así, á ejemplo de Napoleón, las pretensiones fundamentales de sus cortes por la vía indirecta del armisticio. Se cuestionó y tuvieron que recurrir aún á nuevas instrucciones, lo que debía prolongar algunos días la negociación.

Se habría podido romper entonces, pues era fácil conocer que no llegarían á ponerse de acuerdo, á menos que sobrevinieran nuevos acontecimientos militares de mucha gravedad. Pero romper inmediatamente no convenía á ninguna de las partes, puesto que no suspendiendo aquellas negociaciones las hostilidades, no perjudicaban á nadie, y el príncipe de Schwartzberg esperaba que quizá resultaría de ellas algún entorpecimiento de las operaciones de Napoleón; mientras éste por su parte, aunque decidido á continuar la lucha, conocía, sin embargo, la necesidad de una paz próxima y no quería cerrar la nueva vía de negociaciones que acababa de abrirse á su lado. Con una palabra podía cerrarla, y dejándola abierta tenía un recurso para un caso apremiante; tenía el medio de parar en un peligro extremo los brazos de los combatientes. Permitió, pues, á su comisario que discutiera con los comisarios enemigos sobre las numerosas sinuosidades de una línea de demarcación que partiendo de Amberes concluiría en Chambery.

Durante estos dos días de negociaciones 24 y 25 de

febrero Napoleón cometió desgraciadamente un acto de venganza, doble resultado del cálculo y de la ira.

Al entrar en Troyes fué asaltado por los gritos de una parte de la población que le denunciaron á algunos individuos culpables, según decían, de haber hecho causa común con los enemigos durante su estancia en la capital de la Champaña.

Aunque todo el mundo estuviera cansado del régimen imperial, sin embargo, á la vista de los extranjeros y al nombre de los Borbones esa unanimidad desaparecía para dar lugar á las antiguas divisiones de los partidos. Cuando se mostraban los partidarios del realismo, despertaban en el corazón de los partidarios de la revolución una ira bien natural, sobre todo si veían á estos realistas pedir á los enemigos de la Francia el triunfo de su causa. En Troyes los caballeros de San Luis Mr. de Vidranges y Mr. de Gouault, poniéndose la escarapela blanca, habían presentado un mensaje á Alejandro para reclamar el restablecimiento de los Borbones. Esta era la primera manifestación de ese género que recibían los soberanos aliados, y Alejandro, con un sentimiento de humanidad que le honraba, hizo comprender á los que habían osado dirigirle el mensaje, que no habiendo nada más variable que el movimiento de los ejércitos, expuestos sucesivamente á avanzar y á retroceder, y sobre todo que no habiendo nada decidido sobre un cambio de dinastía en Francia, temía que hubiesen cometido una imprudencia que podría ser funesta para ellos. A pesar de esta observación la imprudencia estaba cometida, y los realistas de Troyes no habían hecho ninguna cosa para atenuarla. Por el contrario, con una ostentación seguramente muy valerosa se habían adornado con la escarapela blanca.

La población de Troyes, aunque contara muchos realistas en su seno, estaba muy irritada contra los que parecía habían simpatizado con los enemigos. Por esto Napoleón cuando entró en la ciudad no oyó por todas partes más que delaciones. Al saber lo que había pasado sintió un vivo impulso de cólera y ordenó la prisión de los que le señalaron como culpables. La reflexión en vez de calmar esta cólera contribuyó más bien á excitarla. En aquel momento comenzó á circular la noticia de que habían aparecido el conde de Artois en el Franco Condado, el duque de Angulema en Guyena y el duque de Berry en las costas de Bretaña. Podía suceder que los pronunciamientos realistas favorecieran los movimientos enemigos, y aun fuesen para París un funesto ejemplo. Napoleón resolvió entonces cortar las empresas de los partidos tomando una medida severa que al caer sobre uno ó dos de los imprudentes contendría á otros muchos. El delito cometido en Troyes era fácil de probar; las leyes en su contra eran desgraciadamente muy terminantes, y el instrumento de las comisiones militares, que el estado de guerra autorizaba, era tan rápido como seguro. Napoleón dió, pues, la orden de prender á los culpables y de hacerlos comparecer ante esa justicia excepcional. Mr. de Vidranges, uno de los dos personajes designados, se había escapado. Mr. de Gouault, anciano encanecido y comprometido por los otros, no había pensado en fugarse. Este fué preso, juzgado, condenado y entregado al brazo militar.

Un hombre excelente, caballero del emperador y adicto á su persona. Mr. de Mesgrigny, natural de

Champaña, deseando salvar á sus compatriotas, corrió con la familia del condenado á echarse á los pies de Napoleón. Éste, cuya cólera era pronta, pero pasajera, á la vista de los suplicantes antepuso la clemencia al cálculo y dijo: «Pues bien, que viva, si aún es tiempo.» Corrieron á toda prisa, pero el infortunado anciano estaba fusilado.

Napoleón tuvo un gran sentimiento; pero cuando caían á cada instante miles de seres humanos en su derredor, no era hombre de pararse en tales incidentes. Se distrajo llevando su espíritu incansable al teatro de los inmensos acontecimientos que tenía que dirigir, y que se sucedían con una rapidez prodigiosa. En efecto, en aquel instante se veían nuevos movimientos del enemigo, que provocaron en su genio de fuego nuevas y formidables combinaciones.

El príncipe de Schwartzberg se había retirado hacia Chaumont, habiendo dejado en Bar del Aube á los bávaros del mariscal de Wrede y á los rusos del príncipe de Wittgenstein, y en la orilla del Aube á los wurtembergueses del príncipe real con el cuerpo austriaco de Giulay. Schwartzberg tenía dentro de Chaumont las guardias rusa y prusiana, y un cuerpo de granaderos y coraceros que formaban parte de las reservas austriacas. Había destacado una porción del cuerpo de Colloredo por Dijón á Lyon en socorro de Bubna; y disminuídas sus fuerzas de este modo, apenas le quedaban unos noventa mil combatientes.

Blücher se había quedado entre el Sena y el Aube de Mery á Arcis con los cuarenta y ocho mil hombres que había podido reunir, esperando con impaciencia la señal de la gran batalla en la cual se lisonjaba, no sólo de vengar sus recientes humillaciones, sino de encontrar las llaves de París. Cuando se supo en su estado mayor que había abandonado el generalísimo la idea de dar la batalla y que había retrocedido á Langres, todos se desencadenaron de un modo inaudito contra los austriacos, su cobardía, su duplicidad y sus segundas intenciones. El moderado austriaco, el príncipe de Schwartzberg, fué tratado como lo son todos sus iguales en todo tiempo por la raza de los impacientes, y decían que si las tropas del padre de María Luisa hacían defección, no dejarían por eso de ir á París, pues sabrían abrirse el camino á pesar de Napoleón y á pesar de su ejército que se llamaba victorioso. ¡Con efecto se le abrieron tan bien en Montmirail y Vauchamps que podían estar confiados!

No obstante, en aquel fogoso estado mayor prusiano no se conocía otra autoridad que aquella que se tomaban desobedeciendo al rey de Prusia, y aunque á la sazón se hallaban bien dispuestos á usar de ese género de autoridad, carecían de audacia suficiente para aventurarse hacia París con cuarenta y ocho mil hombres. Recurrieron al medio acostumbrado; se dirigieron al emperador Alejandro, á quien tenían la certeza de ganar con adulaciones, y le enviaron comisarios pidiéndole dos cosas: la libertad de movimientos para el ejército de Silesia, y un aumento notable de tropas que era sin duda muy fácil procurarle. Este aumento podía consistir en la reunión de los cuerpos de Bulow y de Wintzingerode, el uno prusiano y el otro ruso, que después de haber dejado en los Países Bajos destacamentos empleados en el bloqueo de las plazas, avanzaban por las Ardenas. Es cierto que era preciso quitárselos á Bernadotte, bajo

cuyas órdenes se encontraban, pues no faltaban razones á la sazón contra el príncipe sueco. Los prusianos ponían en tela de juicio su capacidad, su valor y su lealtad: le llamaban un militar sin energía, un traidor á la Europa que ocupaba él solo para sus cosas de la Noruega más de cien mil hombres y que exponía así á la coalición á sucumbir por falta de fuerzas suficientes en el punto decisivo.

No podía negarse que Bernadotte había concluído por marchar hacia el Rhin, y se había hecho preceder por los cuerpos de Bulow y de Wintzingerode; pero los prusianos decían que emplearía siempre sus fuerzas para sus miras personales, para hacerse, por ejemplo, emperador de los franceses si podía saltar del trono de Suecia al de Francia. Quitándole los cincuenta mil hombres de Bulow y de Wintzingerode para confiarlos á Blücher, éste tendría cien mil hombres bajo su mando, y podría, cayendo á retaguardia de Napoleón, hacer que se desvaneciera el fantasma que tenía al príncipe de Schwartzberg inmóvil de terror en Chaumont.

Esto era lo que los enviados de Blücher estaban encargados de decir al emperador Alejandro, y que esperaban con muchas probabilidades fuese bien acogido, salvo lo que tenía relación con su protegido Bernadotte.

Alejandro escuchó lo que le dijeron con mucho placer y benevolencia. Habían pasado ya algunos días después de los reveses de Nangís y Montereau, y su viva imaginación, repuesta de las fuertes impresiones que había sentido, se inflamó de nuevo cuando le mostraron la perspectiva de entrar en París. Aceptó las proposiciones de Blücher y convocó un consejo de aliados para ponerlas en discusión. Este consejo, al que asistieron, además de los tres soberanos, MM. de Metternich, de Nesselrode, de Hardenberg, de Castlereagh, el príncipe de Schwartzberg y los principales generales de la coalición, estuvo muy animado. Alejandro atacó el armisticio y el sistema de contemporización, insistió en la necesidad de continuar vivamente la guerra y declaró que por su parte estaba pronto á continuarla con su fiel aliado el rey de Prusia, si los demás aliados le abandonaban, á lo cual el emperador Francisco respondió preguntando si no le colocaban ya en el número de los aliados con quienes se debía contar. Después de esto se tendieron las manos y se convino en la necesidad de obrar pronto y vigorosamente, de manera que no le quedara ningún descanso al enemigo común. Al cabo de algunas explicaciones se encontraron más de acuerdo de lo que habían esperado. Pero ambas partes reconocieron que el armisticio no les comprometía á nada, puesto que ni siquiera suspendía las hostilidades, y que además no entraba en cuenta ninguna estipulación que directa ó indirectamente hubiera podido anular las proposiciones de Chatillón. Nada estaba cambiado, pues, en la situación de las potencias aliadas. Es cierto que se detenían en Chaumont, pero era por medida de prudencia, por estar á alguna distancia de Napoleón; en tanto que se debilitaban para llevar á Dijón al conde de Bubna socorros que eran indispensables. Por lo demás la formación de un ejército poderoso que pudiese obrar sobre los flancos de Napoleón y rechazarle á retaguardia, era una medida excelente que no había ninguna razón para que no se tomara, si es que podía tomarse. En tal esta-

do, nadie podía oponerse á que se concediera al mariscal Blücher la libertad de sus movimientos y se le reforzara hasta doblar su ejército si había medio para ello. La dificultad consistía en privar al celoso y susceptible Bernadotte de dos cuerpos que constituían la mejor parte de las fuerzas puestas bajo su mando. Ya él se había quejado y aun había proferido amenazas por que decía no se estimaban bastante sus servicios; y había dejado entrever que podía suspenderlo todo y cruzarse de brazos. Varias eran las causas que le habían inspirado este descontento. El Austria no había cesado de proteger á la Dinamarca contra Suecia, y no se había querido admitir en el congreso de Chatillón á un plenipotenciario sueco.

En cuanto á este segundo punto, se recordará que la Inglaterra, la Prusia, la Rusia y el Austria habían recibido poderes para tratar á nombre de todos los aliados grandes y pequeños, y verdaderamente el príncipe Bernadotte no daba con su persona bastante importancia á la Suecia para que concedieran á ésta el papel de sexta gran potencia. A estas dos causas de descontento se juntaba otra más fuerte, aunque menos declarada. Interrogado varias veces el ministro de Inglaterra sobre los proyectos de la coalición con respecto al trono de Francia había dicho claramente al mismo Bernadotte que las potencias no hacían la guerra para substituir una dinastía á otra, que las cuestiones de gobierno interior no les importaban nada y que dejarían á la Francia el cuidado de decidir de su suerte en el caso en que una nueva revolución estallara en su territorio; pero que, en punto á lo que les interesaba, los ingleses consideraban que sólo los Borbones podían reemplazar convenientemente á los Bonapartes. El descontento del nuevo sueco, que habría querido hacerse francés nuevamente para reinar en Francia, fué muy visible desde entonces y se manifestaba á la menor contrariedad. Sin duda alguna no le temían; pero no obstante, una sombra cualquiera en los negocios de la coalición, mientras tenía todas sus fuerzas ocupadas delante de Napoleón, era una cosa de alguna importancia, y temían provocar dificultades quitando á Bernadotte la porción más considerable de su ejército.

Sólo este temor los detenía, y Alejandro, á pesar de su deseo de complacer á Blücher, vacilaba con los otros miembros del consejo, cuando lord Castlereagh, levantándose de repente y obrando como una especie de Providencia que disponía de todo, preguntó á los militares si creían verdaderamente que los cuerpos de Bulow y Wintzingerode eran necesarios al ejército de Silesia; y habiendo contestado éstos afirmativamente, declaró que él se encargaba de allanar todas las dificultades con el príncipe de Suecia. A esta declaración cesaron las incertidumbres y se decidió que Blücher recibiría los cuerpos de Wintzingerode y de Bulow, y podría moverse entre el Sena y el Marne de la manera que creyera más conforme al interés general de las operaciones. Alejandro despidió á los emisarios de Blücher rebosando de gozo, si bien es verdad que al contarles lo que había pasado exageró mucho lo que el partido de los impacientes le debía en aquella ocasión.

¿Qué medios tenía lord Castlereagh para arreglarlo todo? Vamos á decirlo en pocas palabras. Desde luego tenía un talento claro que le inclinaba á admitir sin va-

cular todo lo que era necesario. En seguida tenía en sus manos la fuerza del dinero, fuerza muy grande en las circunstancias presentes, pues la Suecia no estaba bastante rica para pagar su ejército. Tener ó no tener veinticinco millones, era para Bernadotte tener ó no tener ejército sueco. Además, la Suecia, rodeada por todas partes de marina inglesa, no podía permitirse un paso en falso impunemente. En fin, lord Castlereagh poseía el medio de consolar el orgullo del príncipe de Suecia. Habían levantado en Hannover un cuerpo de alemanes pagados por la Inglaterra, que habían sido sacados de varios principados substraídos al yugo de la Francia, y que se elevaban á veinticinco mil hombres mandados por el general Walmoden. En Holanda había siete ú ocho mil hombres ingleses al mando del general Graham. El príncipe de Orange se ocupaba en reconstituir el ejército holandés que constaba ya de diez á doce mil hombres que debían también recibir su parte de los subsidios británicos. Lord Castlereagh no tenía más que pronunciar una palabra para atribuir todas estas tropas al general que fuera de su gusto. Decidió que se pondrían á las órdenes del príncipe de Suecia, que reuniría así bajo su autoridad, además de los suecos y aun los daneses, á quienes acababan de arrancar su sumisión, á los alemanes, los ingleses y los holandeses con el príncipe de Orange. Estos variados mandos iban á darle en el Norte una apariencia de rey de los reyes, que debía satisfacerle é indemnizarle de las fuerzas que le hacían perder.

Se le participaron estas disposiciones y se mandó la orden á los cuerpos de Bulow y Wintzingerode de pasar inmediatamente á ponerse bajo las órdenes del mariscal Blücher.

Lord Castlereagh aprovechó la ocasión de lo que pasaba en aquellos momentos, para hacer un nuevo servicio á la coalición no menos marcado que el anterior.

Se sentía cuán necesaria era la unión entre los aliados, y se temía á cada instante que la actual coalición, no se disolviera como todas aquellas que desde hacía veinte años habían sucumbido bajo la espada de Napoleón.

Este pensamiento les hacía temblar; pues si cometían la falta de dividirse, el tirano de la Europa, que es como llamaban al emperador de los franceses, otra vez tan poderoso y peor dispuesto que nunca, impondría á todos los soberanos un yugo insufrible. Este temor sentido en alto grado, y con fundamento, no impedía en el campo de los aliados ni las murmuraciones ni las intrigas, así como tampoco escenas interiores muy acaloradas. Las cartas recientes de Napoleón al emperador Francisco y á Schwartzberg que el gabinete austriaco con mucha habilidad no había envuelto en el misterio, habían redoblado las sospechas, y aunque la fidelidad austriaca parecía mantenerse firme, se trataba de estrechar lo más posible los lazos de la coalición, así como se quería convencer á Napoleón de que ni su profunda astucia ni su temible espada conseguiría romper estos lazos.

Lord Castlereagh imaginaba, pues, algún medio ostensible para consagrar y proclamar de nuevo la unión de las potencias aliadas. Una ocasión á la vez natural y oportuna se ofreció para esto, cual era la conclusión de los nuevos arreglos financieros que solicitaban las tres potencias continentales, después que se había decidido á llevar la guerra más allá del Rhin, y en cuya virtud

había sido enviado á Londres el conde Pozzo. Mediante estos arreglos se podían ligar los unos á los otros más estrechamente aún que en el pasado; estipular con qué miras, por cuánto tiempo y en qué proporción cada uno contribuía al objeto común, y aún después de terminada la lucha, qué clase de alianza se formaría para sostener sus resultados. Bajo este concepto, lord Castlereagh concibió é hizo redactar un nuevo tratado que resolvió proponerlo á la firma de las cortes aliadas. Este tratado, además del fin general de cimentar la unión de las potencias, tenía un fin particular de la Inglaterra, cual era el de engrandecer su papel continental y procurarse así los medios ciertos de hacer prevalecer las diversas creaciones en que tanto se empeñaba.

En su consecuencia, lord Castlereagh imaginó una alianza solemne entre la Inglaterra, la Rusia, el Austria y la Prusia, por la cual cada una de estas potencias se comprometiera á dar un contingente permanente de ciento cincuenta mil hombres, hasta que la guerra actual se terminara conforme sus deseos. Estos seiscientos mil hombres que el concurso de cada potencia debía poner á disposición de la liga, eran independientes de lo que se exigiera á las potencias secundarias, refuerzo que daría un resultado de ochocientos mil hombres. Como la Inglaterra no podía dar ciento cincuenta mil hombres de sus propias fuerzas, se obligaba á darlos en tropas pagadas por ella. Tenía ya cerca de cien mil en España entre ingleses, portugueses y españoles, y le era fácil con los hannoverianos, los alemanes de distinto origen y los holandeses reunir un nuevo contingente de cincuenta mil hombres.

De este modo, independientemente de su posición marítima, la Inglaterra tendría una posición continental casi igual á la de cada una de las tres grandes potencias del continente; además podía añadir una influencia que sólo ella era capaz de ejercer, la de la riqueza, y lord Castlereagh se adelantó á ofrecer por todo el tiempo que durara la guerra un subsidio anual de seis millones de libras esterlinas (ciento cincuenta millones de francos), repartidos por terceras partes entre la Rusia, la Prusia y el Austria. La Inglaterra prestaba, pues, un doble concurso á la obra común y aun triple, podemos decir, contando su marina, que debía asegurarle sobre las demás potencias una superioridad decisiva, dándole con esto la certeza de que los arreglos de la paz futura no tendrían otra base que sus deseos.

Mediante estas estipulaciones unos y otros debían prometerse no escuchar ninguna proposición particular, y no tratar sino en común con el enemigo común, en virtud de estas condiciones aprobadas por todos. Lord Castlereagh, queriendo además mirar al porvenir y encadenar las potencias á la obra que habrían consumado, concibió el pensamiento de ligarlas por veinte años más después de la próxima paz. En efecto, la guerra terminada, cada una de ellas debía sostener sesenta mil hombres (total, doscientos cuarenta mil) al servicio de aquel de los aliados que se viera atacado por la Francia, si después de concluída la paz renovara sus agresiones contra sus vecinos. Esto era un modo de garantizar la existencia de dos reinos cuya creación deseaba ardentemente la Inglaterra, el de los Países Bajos, porque nos quitaba Amberes, y el del Piamonte, porque nos quitaba Génova.

Había además una idea que empezaba á tomar cuerpo entre los diplomáticos de la coalición, que consistía no solamente en dar posesiones en la izquierda del Rhin á la casa de Orange, sino en darlas también á la Prusia, á fin de colocarla en un estado de envidia perpetua con respecto á la Francia. Esta idea se había presentado desde el año 1805 á la mente de Mr. Pitt, y recogida después por lord Castlereagh, aparecía como un importante accesorio del nuevo reino que se quería crear, reuniendo la Bélgica á la Holanda. Agradable á la Prusia, á la que comprometía sin embargo con nosotros, esta combinación no podía encontrar grandes contradicciones, pues destrozarse á la Francia y encerrarla en un círculo de hierro después de haberla destrozado, era entonces el deseo, la esperanza y la alegría de todo el mundo. Pero en esto había también una ocasión para que cada cual exigiera la satisfacción de sus intereses particulares, verbigracia, la Rusia pediría en premio de los arreglos á que se prestaría, que la Holanda no la reclamara los empréstitos contraídos en Amsterdam. La Inglaterra, como ya hemos visto, quería para completar su obra casar á la princesa Carlota, heredera de la corona, con el hijo del príncipe de Orange y colocar en cierto modo bajo un mismo cetro, además de los tres reinos británicos, la nueva monarquía de los Países Bajos.

El nuevo tratado imponiendo á la Inglaterra enormes cargas, le procuraba tantas y tan grandes ventajas, que el atrevido ministro no había vacilado en proponerlo considerándolo como su obra esencial. En su consecuencia, lord Castlereagh presentó su proyecto á las potencias con las cuales gobernaba los asuntos de la Europa.

Proclamar una nueva alianza mientras durara la guerra, y veinte años después de la paz, á fin de sostener el nuevo edificio europeo que se había creado, debía convenir á todos los contratantes, pues aun concluida la paz se abrigan los temores sobre las empresas que la Francia podría hacer ulteriormente. Las proposiciones de lord Castlereagh fueron, pues, acogidas y firmadas en Chaumont el 1.º de marzo. Este fué el famoso tratado de Chaumont, que ha servido de base á la Santa Alianza, y que, durante cerca de cuarenta años, ha dominado la política europea, hasta el día en que por fin la Europa comprendió que en otros países y no en Francia había graves peligros para el equilibrio general.

Este tratado fué firmado en medio del júbilo de los aliados, muy contentos todos al verse tan estrechamente ligados y con tan abundantes subvenciones, excepto el Austria sin embargo, que aunque notaba en la nueva alianza preciosas garantías contra las empresas de la Francia en Italia, no veía tantas contra las pretensiones de la Rusia en Polonia y en Oriente. Lord Castlereagh no limitó á esto sus trabajos. Propuso é hizo adoptar la resolución de perseverar aún durante cierto tiempo en las negociaciones de Chatillón. Habían ofrecido la paz á Napoleón con la condición de que volviera la Francia á sus antiguos límites, y para no caer en inconsecuencia debían tratar con él, si es que Napoleón se resignaba. Por otra parte las estipulaciones de Chaumont, en cuya virtud la coalición duraría veinte años, tranquilizarían los ánimos en el porvenir contra las tentativas que él pudiera hacer para volver á sus antiguas conquistas. Pero si Napoleón prolongaba las negociaciones con la eviden-

te intención de entretener á las potencias para burlarse de ellas, se debía fijarle un término, pasado el cual se declararían rotas las negociaciones, y se proclamaría la definitiva resolución de no entablar más relaciones con él, lo que sería una verdadera destitución pronunciada por la Europa. Hasta entonces no debía sufrirse nada contrario á su dinastía, y el conde de Artois, en el Franco Condado, y el duque de Angulema, en la Guyena, debían ser alejados de los cuarteles generales de las potencias beligerantes.

Desde el punto de vista de los aliados, estas medidas estaban tan bien calculadas que recibieron un pronto y universal asentimiento. Por ellas lord Castlereagh consagró su influencia personal, y sobre todo la de su país en la coalición europea. Así escribió á su gabinete que este conjunto de medidas costaría caro á la Inglaterra, pero que estaba seguro de merecer la aprobación en lo que había hecho, pues se trataba de adquirir ó no el primer papel, y que él se había apresurado á tomarlo á pesar de lo que pudiese costar á las rentas británicas. Ciertamente, no tenía que temer ser desaprobado, por crecido que fuese el número de los millones prometidos: la Inglaterra siempre ha sabido pagar su grandeza y rara vez se ha equivocado sobre lo que vale.

Al punto que se adoptaron estas resoluciones, se envió la orden á los plenipotenciarios de los cuatro gabinetes para notificar á Mr. de Caulaincourt que se esperaba la respuesta de la Francia; que si los preliminares propuestos no le convenían, podía presentar otros, los cuales se examinarían bajo un verdadero espíritu de conciliación, con tal, sin embargo, que no se apartaran demasiado de los principios propuestos, pero que cumplido cierto plazo, se declararía disuelto el congreso de Chatillón y toda negociación definitivamente abandonada.

Apenas supieron Blücher y sus consejeros Gneisenau, Muffling y otros la resolución adoptada de dejarles libres, y de reforzarlos con cincuenta mil hombres, concibieron de nuevo la ambición, que les había sido ya tan funesta, de entrar los primeros en París. Apenas examinaron si sería mejor esperar antes de emprender este nuevo movimiento ofensivo la reunión de los cincuenta mil hombres que se les destinaban, y tomaron al momento el partido de avanzar, aunque inclinándose ligeramente á la derecha, es decir, dirigiéndose hacia el Marne, donde debían reunirse un poco más pronto con Bulow y Wintzingerode, que estaban en marcha el uno hacia Soissons y el otro hacia Reims. En su febril impaciencia preferían reunirse con ellos en el camino, á pesar del peligro que pudiera resultar de su marcha aislada, antes que esperarlos cerca del príncipe de Schwartzberg donde los ejércitos de Silesia y de Bohemia podían prestarse un mutuo socorro. Decíanse, es verdad, que de este modo llamarían hacia ellos á Napoleón y dejarían libre al príncipe de Schwartzberg, pero no añadían que al hacer esto ellos se comprometían mucho. Además habían visto correr hacia sus flancos algunas tropas ligeras, y esperaban avanzando hacia el Marne encontrar quizá á los mariscales Marmont y Mortier, aislados de Napoleón, lo cual les daría ocasión de vengarse de sus recientes desastres. Lo que no se decían es que los movimientos de los cuerpos franceses estaban calculados de otro modo que los de los cuerpos aliados,

y que no presentaban tanto el flanco á los azares de la guerra.

Como quiera que sea, el 24 de febrero, Blücher se había corrido hasta Mery, volvió á pasar el Aube por Anglure y se puso en marcha para Sezanne. Conociendo confusamente el peligro de esta marcha, mandó á decir al príncipe de Schwartzberg que iba á exponerse á muchos peligros para libertarle á él y que le rogaba que así que se viese libre de Napoleón, se avanzara para devolver al ejército de Silesia el servicio que el de Bohemia iba á recibir.

Anteriormente se ha visto cuál había sido la posición de los mariscales Mortier y Marmont, en tanto que Napoleón volvía del Marne hacia el Sena para dar los combates de Nangis y de Montereau. El mariscal Mortier, enviado en persecución de York y Sacken hacia Soissons, no había podido alcanzar á estos dos generales que se habían escapado por su derecha hasta Chalóns, pero había recobrado Soissons que por un momento había caído en poder de los aliados. En virtud de la orden de Napoleón, que le llamaba al Marne, había vuelto hacia Chateau-Thierry, donde se encontraba el mismo día en que Blücher empezaba la ejecución de sus nuevos proyectos. En cuanto al mariscal Marmont, colocado entre Etoges y Montmirail para ligarse por un lado con el mariscal Mortier hacia el Marne, y por el otro con Napoleón hacia el Aube, había ocupado sucesivamente Etoges, Montmirail y Sezanne. Habiendo visto á Blücher el 24 pasar el Aube en Anglure, y avanzar el 25 hacia Sezanne, se había retirado en buen orden á Esternay, detrás del Gran-Morin, después de haber muerto algunos hombres al enemigo sin haber perdido él ninguno.

Su línea de conducta estaba bien trazada: al verse separado de Napoleón por el movimiento de Blücher, debía replegarse hacia el Marne, reunirse allí con el mariscal Mortier y disputar el terreno palmo á palmo hasta tanto que Napoleón pudiese llegar á su socorro. Había, pues, pedido á Mortier que se encontraba en Chateau-Thierry que se dirigiera hacia la Ferté-sous-Jouarre en tanto que él iba por otro lado; y había informado de lo que pasaba á Napoleón, rogándole que acudiera lo más pronto posible.

El 26 por la mañana, habiendo continuado Blücher su persecución, Marmont prosiguió su movimiento retrógrado hacia la Ferté-Gaucher, y luego tirando hacia el Marne tomó el camino de la Ferté-sous-Jouarre. Blücher le seguía como la vispera sin poderle alcanzar, y le hizo caer en dudas al verle que se dirigía hacia la Ferté-sous-Jouarre en vez de ir á Meaux. No comprendió que Marmont, yendo á la Ferté-sous-Jouarre con preferencia á Meaux, lo que le alejaba de París, debía tener un grave motivo para obrar de este modo, el cual no podía ser otro que el deseo de reunirse lo más pronto posible con Mortier; que bajo este concepto, abandonando á los dos mariscales la ventaja de su reunión, que no se les podía ya disputar, era preciso al menos cortarles de París, lo que conseguiría corriéndose él á Meaux. Sin embargo, no le ocurrió esta reflexión tan sencilla, y aunque había llegado á Jouarre muy temprano y podía antes de la noche ocupar á Meaux, perdió la tarde en buscar lo que no adivinaba, bajo el pretexto, alegado con frecuencia por los generales que

no conocen el valor del tiempo, de acordar á sus tropas un descanso necesario.

Al día siguiente, 27 de febrero, comprendió al fin que los dos mariscales reunidos actualmente en la Ferté-sous-Jouarre debían tener un gran interés en llegar á Meaux, á fin de encontrarse en el camino de París; dirigió á Sacken por la izquierda hacia la población de Meaux, y lanzó á Kleist á vanguardia hacia Sammerón, para que atravesara el Marne gracias á un servicio de puentes que llevaba. Además de este motivo de interceptar el camino de París por ambas márgenes del Marne, tenía el de pasar este río con el grueso de sus fuerzas y cubrirse con ellas en el caso muy probable de que Napoleón abandonara el ejército de Bohemia para correr contra el de Silesia.

Pero los dos mariscales franceses estaban más alerta que Blücher, y en tanto que éste apenas había fijado sus resoluciones el 27 por la mañana, se encontraban ellos en marcha hacia Meaux, con el fin de restablecer sus comunicaciones con París, que la urgente necesidad de operar su unión les había obligado á descuidar un instante. Entre los dos, después de sus fatigas y sus pérdidas, no contaban más que catorce mil hombres, valientes en verdad, pero eran bien pocos para abrirse paso por entre un ejército de cincuenta mil enemigos, que podían hallar en el camino de Meaux. Afortunadamente para conseguirlo emplearon tanta destreza como actividad.

El Marne, entre la Ferté-sous-Jouarre y Meaux, describe una multitud de contornos cuyas orillas encuentran el camino de París como una tangente toca sucesivamente á varios círculos. En Trilport este camino encuentra uno de estos contornos, atraviesa el Marne y después desemboca en Meaux.

Los dos mariscales habían partido, antes de amanecer, para llegar al puente de Trilport, ocuparlo, atravesar el Marne y apoderarse de Meaux. Además queriendo ocupar también el camino de París que sigue la derecha del Marne, habían dirigido al general Vincent sobre esa orilla por el puente de la Ferté-sous-Jouarre, y le habían ordenado que fuera á colocarse detrás del Ourcq que, en los alrededores de Lizy, se aproxima mucho al Marne, aunque sin reunirse, y forma con él una línea de defensa casi continua. Establecidos así detrás del Marne y del Ourcq, la derecha en Meaux y la izquierda en Lizy, podían contener al enemigo durante tres ó cuatro días, recibir en este intervalo refuerzos de París, y esperar, sin correr grandes peligros, la llegada de Napoleón, que no dejaría de volar á su socorro tan luego como conociera su situación.

Estas excelentes disposiciones fueron tan bien ejecutadas como habían sido concebidas. El 27 por la mañana, antes que Blücher pudiera notar su movimiento, los dos mariscales, deslizándose, por decirlo así, entre el enemigo y el Marne, por el camino de la orilla izquierda, tangente en los diversos contornos de este río, lo atravesaron por el puente de Trilport, dejaron á la división Ricard para que defendiera este puente y marcharon á Meaux. En tanto que el mariscal Marmont, una vez atravesado el Marne llegaba á Meaux por la orilla derecha, el general Sacken llegaba por la izquierda, y ya algunos destacamentos de rusos habían entrado en el pueblo á mediodía cuando el mariscal, cayendo